

MAINER, J. C.: *La Corona hecha trizas (1930-1960)*. Barcelona, PPU, 1989

En *La Corona hecha trizas (1930-1960)*, José Carlos Mainer reúne una serie de trabajos publicados con anterioridad en diversos medios especializados. El título, tan afortunado como los de todos sus ensayos, los unifica a partir de una metáfora polivalente, en la que la clave política (la definitiva caída de la monarquía), se corresponde con la aparición en la escena política, cultural y literaria de una nueva generación que «hace trizas» la aureola de sus mayores. La rehumanización, la vuelta al romanticismo, el rechazo de lo puro y «putrefacto» o el nuevo giro de las revistas literarias son algunos de los síntomas de unas actitudes vitales que tienen que ver más con la calle y con la vida que con magisterios anteriores.

El profesor Mainer centra su investigación entre los años 1930 y 1960. La elección de estos límites cronológicos es intencionada y responde a la tesis que subyace a esta recopilación de estudios: la indisoluble unidad de las letras españolas antes y después de la guerra civil. Esta periodización quedaba ya de manifiesto en su magistral *Edad de Plata* (1981, 2a.), al rotular bajo el epígrafe «Los nuevos rumbos en torno a 1930» la literatura posterior a esta fecha, y, más concretamente, en las reflexiones epilógicas (pp. 339-340), en las que abogaba por la visión unitaria de estos años, ya que «el zanjón no fue tan grande como para que el historiador olvide los hilos de continuidad».

Dicha tesis queda desarrollada más explícitamente en la p. 104 de *La Corona hecha trizas*, cuando escribe a propósito de la mitologización retrospectiva de la guerra civil: «A la vista de estos testimonios cabe preguntarse, sin embargo, hasta qué punto el tema de las dos Españas enfrentadas desde la noche de los tiempos, la nostalgia de un inviable reformismo (identificado con erasmistas, ilustrados, institucionistas), o la esperanza indefinida (...), no son otra cosa que una justificable –y entorpecedora– alienación liberal de la burguesía española, que ha desplazado a terrenos muy poco firmes una realidad histórica más concreta y, como tal, no exclusiva de la Península: ausencia de revolución burguesa, debilidad política y moral de las clases medias, pervivencias de un mundo precapitalista, etc. Esta es la razón por la que un replanteamiento de los años treinta de este siglo (cuando menos, en su aspecto de expresión cultural) nos ha de llevar, más que a la formulación de premoniciones apocalípticas, emplazadas para 1936, al análisis sincrónico de una sociedad conflictiva e inviable, a un conocimiento mejor de las ideologías, los deseos, las frustraciones y las consiguientes sublimaciones de las diferentes clases que la componían, y muy particularmente a las que se suscitan en el seno de la pequeña burguesía, grupo que, de algún modo, es quien más dramáticamente se encuentra marginado, se escin-

de en contrapuestos entusiasmos y en el que las secuelas de su propia precariedad social perduran hasta nuestros días.

La extensión de la cita queda justificada, no sólo porque ilustra la intención interpretativa del libro, sino también porque hace patente la metodología utilizada. Estos «hilos de continuidad» y esta «sincronía» analítica —con el privilegiado distanciamiento de quien se mueve con idéntica facilidad tanto entre la maraña publicista de la época como entre la nutrida bibliografía que estos temas han generado, y que, ante todo, los integra en una construcción crítica de consolidada y reconocida ejecutoria—, pueden comprobarse en todos los ensayos recopilados. Entre ellos, me parece decisivo el que da título al volumen, vivísimo fresco panorámico de una «juventud enfurecida», cuyos mesianismos revolucionarios conviven problemáticamente con la cultura liberal burguesa. José Carlos Mainer se fija en la revitalización de los géneros literarios, especialmente de la novela, para ilustrar, a partir de numerosos ejemplos, esta eferescencia que va sustituyendo progresivamente la razón y la libertad por un irracionalismo vitalista.

La pendiente hacia esta meta puede observarse ya en *La Gaceta Literaria*. Pese a ser una revista de obligada referencia y objeto de renovada atención por parte de la crítica, carecía de un ensayo que valorara su significación cultural. En sus «Notas sobre *La Gaceta Literaria* (1927-1932)», José Carlos Mainer amplía considerablemente el apartado que a esta publicación le había dedicado en *La Edad de Plata*. Como crónica de una generación —pero mucho más que esto—, esta revista dista de ser una proclama vanguardista o un ajuste de cuentas con el pasado inmediato. Estas «Notas...» permiten distinguir con claridad los albores de la nueva orientación, al tiempo que subrayan cómo los ambiciosos objetivos de fortalecimiento y dignificación de la vida literaria nacional recogen la tradición liberal-nacionalista y preparan el advenimiento del fascismo.

Otros cuatro capítulos desgranán minuciosamente diferentes aspectos de la compleja y contradictoria década de los años treinta. «*Azor* (1932-1934), esquema de una crisis» analiza una revista que, pese a su proclividad hacia el fascismo, muestra las palmarias vacilaciones pequeño-burguesas, al incorporar diversas ideologías y diversas tendencias estéticas, mientras que en «El semanario gráfico *Fotos* (1937-1939): imágenes para una retaguardia» se exhuma al cronista y mentor de la España triunfante. Conclusión significativa del análisis de esta publicación es, en última instancia, «la progresiva preponderancia de valores muy tradicionales sobre una endeble capa de sugerenciasseudorrevolucionarias fascistas». En «Literatura y fascismo: la obra de Guillén Salaya», nuestro estudioso se detiene a valorar ponderadamente la obra de este poco conocido escritor segoviano, y en «La retórica de la obvedad: ideología e intimidad en algunas novelas de guerra» pasa revista a *Madrid, de corte a cbeka*, *Sueños de grandeza*, *Eugenio o la proclamación de la primavera*, *Camisa azul*, *Leoncio Pancorbo*, *Se ha ocupado el kilómetro 6*, *Río Tajo* y la más conseguida *Contraataque*, relatos cuya proximidad a los hechos narrados implican la autoinmolación del escritor en aras de su identificación con la ideología que defiende. De donde se deducen dos alicientes para el investigador: el repertorio ideológico que esta literatura ofrece como testimonio de un mundo personal reducido a airear convicciones colectivas, y, por otra parte —y aquí José Carlos Mainer afila la paradoja con extrema sutileza—, «le permiten asomarse a una intimidad que se expresa con inocencia, sin celarse en la ambigüedad que es consustancial a la práctica literaria».

Los tres ensayos restantes se sitúan en la posguerra, con el acontecer de fronteras afuera como marco de referencia. En «La segunda guerra mundial y la literatura española: algunos libros de 1940-1945» espiga la rara producción novelística de este signo como cifra de las expectativas y de los fantasmas del interior. Epopeya nacional y en cierto modo réplica a la literatura sobre la guerra civil escrita por autores extranjeros, la obra de Gironella es lúcidamente desenmascarada en «Histología y patología de un *best-seller*: la

trilogía de J. M. Gironella». Por último, «Los años inciertos: letras europeas de 1950» ofrece un amplio y sustancioso estudio de la literatura producida en la Europa de la guerra fría, campo escasamente frecuentado por estos lares, si se exceptúan algunos trabajos todavía válidos, como los de Ricardo Gullón o Domingo Pérez-Minik.

La brevedad de esta nota de lectura apenas puede pretender otra cosa que dar escueta noticia de esta valiosa recopilación de trabajos. Quiero, como reflexión final, dejar constancia de su interés, tanto por su entidad de investigaciones monográficas, cuanto por constituir —en lo que respecta a esta época, junto con *Falange y literatura* (1971), *Literatura y pequeña burguesía en España* (1972) y la citada *La Edad de Plata*, amén de otros trabajos dispersos que el autor haría bien en reunir—, un sólido andamiaje crítico que, no obstante, no queda definitivamente cerrado; antes bien, ofrece generosas propuestas, susceptibles de ser transitadas con fecundidad.

La lección se extiende también a la metodología: el «análisis sincrónico» utilizado es, en el fondo, la forma más eficaz de construir en firme, sin vacuas generalizaciones ni estereotipados prejuicios. Su interpretación está tan lejos del gratuito «rescate» como del reduccionismo maniqueo (de antaño o de algún miope empeño más reciente). Tomando desprejuiciadamente el hecho estético como norte, José Carlos Mainer lo integra en una vasta panorámica social, ideológica y cultural, sin desdeñar simultáneamente cuantos caminos de acceso lo hagan más diáfano y comprensible (Un buen ejemplo es el pluriperspectivismo crítico desde el que aborda la trilogía de Gironella). La conjugación de diversos enfoques resulta sumamente atractiva. En este sentido, conviene recordar que el autor aún —según advierte en la «Nota preliminar»—, experiencia lectora y ejercicio crítico. Y es que, como afirmaba recientemente en la p. 40 de su *Historia, Literatura, Sociedad* (1989), «no hay experiencia que deje de ser susceptible de recibir alguna luz que la mejore, ni mejor luz que la que proviene de varios puntos».

JOSE LUIS CALVO CARILLA

ARANGO L., Manuel Antonio: *Origen y evolución de la novela hispanoamericana*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1989, 543 pp.

El panorama narrativo hispanoamericano es tan rico que, a la hora de intentar su estudio, las dificultades derivadas de la diversidad sustratística, histórica, social, ideológica y, en suma, cultural, conduce a que quien comience tal trabajo tropiece con escollos que le obliguen a la simplificación, como es el caso de A. Amorós (*Introducción a la novela hispanoamericana actual*, Salamanca, Anaya, 1971), al etiquetado en J. S. Brushwood (*La novela hispanoamericana del siglo XX (Una vista panorámica)*, México, F. C. E., 1985), a la selección coyuntural de D. L. Shaw (*Nueva Narrativa hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, 1981), o a otros tipos de distorsión, lógicos, y difíciles de evitar, como el de C. Fuentes (*La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1969). Un caso extremo, crítico, pero provechoso, es el de C. Goic (*Historia de la novela hispanoamericana*, México, Eds. Andrea, 1965) y E. Rodríguez Monegal (*Narradores de esta América*, Montevideo, ed. Alfa, 1969). Eso es lo que aporta este ambicioso estudio, que pretende ofrecer en sumario una visión completa de la producción narrativa hispanoamericana de provecho para estudiantes universitarios, profesores e investigadores del género.

A través de poco más de una veintena de capítulos, el profesor Arango nos brinda un sistemático análisis de cada período literario y sus novelas más valiosas y representativas, sin omitir datos referidos a otras obras —a Cristóbal Colón, *La Araucana*, o las Crónicas de la conquista— no exentas de elementos novelescos, todo ello con el afán de adentrarse en lugares narrativos que culminen y asistan la reinterpretación que de la